

LA HOJA VOLANDERA

RESPONSABLE SERGIO MONTES GARCÍA

Correo electrónico sergiomontesgarcia@yahoo.com.mx

En Internet www.lahojavolandera.com.mx

DEMOCRATIZANDO AL EMPERADOR (Parte II y última)

Rosa Ma. Quesada Mejía*

**Lic. en Pedagogía por la U. Panamericana. Maestría en Pedagogía en la UNAM. Ha colaborado en la elaboración de libros de texto de español (Telesecundaria y SM), ha sido coordinadora y maestra de primaria y actualmente imparte clases en la Facultad de Humanidades de la Universidad La Salle.
rosi2342@yahoo.com.mx*

No estoy a favor de las disciplinas tiranas, pero considero necesario que estas generaciones sean provistas de las herramientas necesarias para aprender a vivir en sociedad, antes de que acabemos destruyéndonos unos a otros.

Yo recomiendo hacerlo utilizando tres estrategias.

1. **Ser empáticos con nuestros alumnos.** Darles no simplemente lo que indiquen los planes y programas, ni tampoco lo que yo conozco y domino, sino aquello que mis alumnos necesitan. En mi caso, considero que lo primero son los límites, los piden a gritos, porque nadie se los ha puesto. Las propagandas en la calle dicen “soy antillano ¿y qué?”, “Cualquier mentira vale, vive el lado ácido de la vida, sé tú mismo” en otras palabras, “lánzate al abismo y que te importe poco las implicaciones en los demás y en ti a través de los años”. Los artistas son ídolos porque hacen lo que se les pega la gana, los padres -en su mayoría- no entienden a sus hijos y no les importa entenderlos porque en general están muy ocupados viviendo su propia vida, o por lo menos tratando de sobrevivir. Poner límites responde a un acto de empatía, no de imposición ni de autoridad. Es, a mi modo de ver, como lanzarles una cuerda de rescate, encender un faro al final del túnel, marcar señales antes de una curva en el camino. Sin miedo, sin culpas, establecer reglas justas y consensuadas que señalen los alcances y las prohibiciones es ayudar a crear un juicio crítico y equilibrado.



Enero 25 de 2009

Academia de Humanidades FES-Acatlán

DEMOCRATIZANDO AL EMPERADOR (II)

Si otra cosa piden los alumnos y no encuentran respuesta ni en su casa, ni en la calle, ni en la tecnología más moderna, es poder estar orgullosos de sus orígenes. Alguien que no se siente atado a nada, que no ha formado vínculos, es una persona a la que no le importará dejarlo todo, porque nada le pertenece, ni siquiera simbólicamente. Si es un desprestigio ser mexicano, pertenecer a tal o cual familia, si ya no hay identidad con el barrio o la colonia porque a duras penas se conoce a los vecinos; si lo mejor es unirse al que va ganando, entonces no hay nada que nos haga valer intrínsecamente, y nos sentimos pequeños. Los maestros somos empáticos cuando enseñamos la historia de nuestra patria, cuando cantamos el Himno Nacional con orgullo, cuando mostramos fotografías de la escuela desde sus inicios, cuando narramos historias sobre el origen del mundo, de nuestros nombres, de nuestros antepasados. Volver la mirada al pasado es comprender el presente y hacernos sentir parte de una cadena de la cual somos esenciales, y en la que nuestros actos tendrán repercusiones en los futuros cercanos, y en los que aún ni nos imaginamos. Nos hace caer en cuenta que somos responsables de mucha gente aparte de nosotros mismos.

2. **Ser generosos.** Darles nuestro tiempo, nuestra alegría, nuestras últimas energías. El compromiso de un maestro no termina cuando suena la campana de la escuela, porque las satisfacciones no son meramente económicas, como todos bien lo padecemos. La generosidad implica dar a pesar de estar seguros que los muchachos no nos retribuirán ni siquiera con una buena calificación. Dar nuestros oídos para aquellos que no tienen a nadie que los escuche, dar una palabra de aliento, dar dos pesos para las copias que no quieren sacar en la escuela, dar cinco minutos para resolver un problema de matemáticas fuera del tiempo de clase. Esta generosidad del maestro es para mí la clave de la solución.

3. **Tener confianza.** Los maestros, por nuestra propia salud mental, tenemos que ser optimistas. Alguien que trabaja con niños malcriados, prepotentes, violentos, intolerantes, impulsivos, y no cree que los cambios son posibles, acaba destrozado por dentro. Asistir al salón de clases todos los días pensando que nuestro trabajo importa, que puede significar la transformación de cada uno de los que se relacionan con nosotros, es lo que hace al maestro una persona feliz, segura de que escogió la profesión correcta. *No hay casos perdidos*, podría muy bien ser el lema de cada uno de nuestros días en la escuela.

Y a través de estas estrategias, la escuela puede ser el lugar en donde el emperador que muchos de los niños del siglo XXI llevan dentro, logre aprender a convivir democráticamente. Que entienda que sus compañeros valen porque son niños iguales a ellos que también sufren, y quieren y ríen como ellos; que sus maestros están ahí porque han decidido regalarles un pedacito de esperanza; que los adultos representan a todos los que han poblado el planeta antes que ellos que, entre muchísimos errores, han podido construir la civilización del presente, y que por lo tanto,

DEMOCRATIZANDO AL EMPERADOR (II)

pueden tener algo interesante que decir. Esos pequeños emperadores que tienen el futuro esperándolos, por más que sean expertos en los juegos de realidad virtual, necesitan una guía. Los maestros, si así lo asumimos, podemos ayudarlos, ayudarnos y tener, en algunos años, buenos ciudadanos que poco a poco vuelvan a construir grandes ideales, y castillos en el aire.

BIBLIOGRAFÍA REFERIDA

1. <http://www.masmasculino.com/revista-masculina/SER-PADRES-SÍNDROME-EMPERADOR-MALTRATADOR.html>
2. <http://www.demayores.com/2005/12/31/en-china-la-politica-del-hijo-unico-trae-como-consecuencia-graves-problemas-entre-otros-el-envejecimiento-progresivo-de-la-poblacion>
3. http://es.catholic.net/educadorescatolicos/755/2165/articulo_25681
4. <http://www.jornada.unam.mx/2007/05/15> AVILES, Karina; Amenazas de muerte, entre los problemas que enfrentan los docentes